carácter guía y médico de las almas se le hacen misteriosas revelaciones que le descubren el fondo mismo, el fondo cándido y puro del alma inocente; le hacen sentir el primer estremecimiento de la vida, la primera expansión del corazón, el primer amor del bien, el primer temor del mal, el confuso despertar de las nacientes y todavía indistintas pasiones, el lejano eco de las cosas, la vaga agitación de inciertos pensamientos, de deseos latentes, de presentimientos confusos, de todo lo que se levanta en el horizonte de la conciencia, de todo lo que allí viene á reflejarse y de todo lo que de cualquier manera llega á repercutir del exterior: todo esto descubren los niños al confesor; y sobre todo esto debe obrar su celo y su sagrada ciencia de las almas.

Ora se le presentarán niños que guardados con el mayor esmero por una madre piadosa en el santuario de una familia cristiana conservan todavía su inocencia; y entonces ¡qué depósito tan sagrado tiene que conservar! ¡qué flores hermosísimas, frescas y puras que cultivar! ¡qué atenciones! ¡qué delicadezas! ¡qué cuidados!: ora el mal, adelantándose á la edad, ha herido ya sus tiernecitas almas; y entonces ¡qué celo! ¡que apresuramiento para contener su progreso y ahogarlo en su nacimiento!

La dicha de este ministerio, ejercido en la primera edad de la vida, consiste en encontrar almas nuevas y tiernas, donde todas las impresiones son vivas y profundas, todo se graba; y la impresión que se hace, queda, como sello, para toda la vida. Ha dicho el Conde de Maistre: El hombre, lo que se llama el hombre, es decir, el hombre moral, está ya, tal vez, formado á los diez años.

No se creería, dice Dupanloup, si la experiencia no lo enseñase, cómo un confesor hábil puede dar á un corazón de diez años una forma, tal vez, definitiva, é imprimir en sus ideas y sentimientos una dirección decisiva.

Si este efecto admirable no se consigue siempre é infaliblemente, consíguese en muchos, en la mayoría de los casos; y el confesor debe estar íntimamente convencido y



persuadido del inmenso bien que hace á los niños con su ministerio en su aparente pequeñez; y así aplicar todos los recursos de su inteligencia y de su corazón y de su celo para preservar á sus jóvenes penitentes, inspirarles la verdadera piedad, introducir en ellos y hacer entrar, en cierto modo, en su sangre y en lo más íntimo de su ser las mas grandes enseñanzas de la fe y los gustos más puros de la virtud.

Lo primero que hay que hacer en los niños es que conciban una idea grande de Dios, que le teman, que le amen; con esto se va formando su conciencia, se les inspira horror al mal, al pecado; se les hace comprender, cuanto sea posible, cómo el pecado que, á veces, les parece una cosa tan pequeña, tan insignificante, es un desorden y mal infinitos; á qué desgracias se exponen en el tiempo y en la eternidad, cediendo á las malas inclinaciones de pereza, soberbia, desobediencia, impureza, disipación, etc., que se levantan en el alma con las buenas inclinaciones y cualidades: hay que hacerles sentir vivamente la necesidad de combatir todas estas malas inclinaciones y desde luego, antes que crezcan y ahoguen á las buenas. ¡Desgraciado niño cuyo confesor no lo comprendiera así, y sólo se alarmara y preocupara por los vicios más groseros, como la impureza, por ejemplo! Yo, dice el Obispo de Orleans, no temo menos en los niños el orgullo que los vicios que parecen más feos; él lleva á los otros y á todo pecado: *Initium omnis peccati superbia.*

Mas las buenas ideas y los buenos sentimientos deben ser sostenidos y practicados; si no se hace así, *nótese bien*, no se hace nada. Si un confesor celoso é inteligente quiere hacer á los niños profundamente piadosos, debe acostumbrarlos á algunas prácticas sencillas, fáciles, bien escogidas, propias para formar y aumentar la piedad; y que el niño las haga á solas, libremente, en secreto, á los ojos de Dios: la práctica, por ejemplo, de dar á Dios su primer pensamento al despertar, tomar algunas buenas resoluciones desde la mañana, rezar algunas oraciones antes de

dormir, arrepentirse después de cualquier falta, no atreverse á ir á dormir en pecado mortal, recordar entre día la presencia de Dios y tener especial devoción á la Sagrada Familia, ó sea, al divino Corazón de Jesús, á su santísima Madre, María y á su amadísimo Padre virginal, San José. No pido, añade el Obispo de Orleans, que estas prácticas sean muchas, sinó que sean precisas, bien definidas, bien observadas; nada de rutina y mero mecanismo, sinó con verdadero sentimiento del corazón y recomendadas con tal perseverancia, que entren en las costumbres de su alma y de su vida.

Es cosa que admira ver á niños cristianos, prevenidos por la gracia, con qué corazón tan dócil y tan sincero practican los consejos de su confesor; y cómo van creciendo en la verdadera piedad: esto hacía decir á un santo confesor que tenía el excelente don de sembrar la piedad en los niños: De diez á doce años es cuando más se ama á Dios.

Y no se crea, obsérvese bien, que se trata de una piedad de mera y peligrosa sensibilidad, sin raiz en el alma, no: los niños que en el bautismo han recibido la gracia y con ella los preciosos gérmenes de todo lo bueno, son capaces de generosos sacrificios y hasta del heroismo; y la piedad varonil, dice Hobzhausser, fundada en la razón y en la fe, el temor y amor de Dios, el horror al pecado, los combates de la virtud contra el vicio, hé aquí lo que el digno confesor deberá desarrollar en sus conciencias, creando almas fuertes que llegarán á ser grandes, si son fieles á los misericordiosos llamamientos de la gracia.

Cuando llega para el niño la época de su primera comunión, el confesor echa el resto de su celo: todo lo que hasta entonces ha sembrado, hará que se arraigue, empezando por presentar al pensamiento y á la fe del niño el sacramento admirable que ha de recibir; sacramento el más dulce para el corazón y el más augusto para el alma; y cuidará de excitar en él las más generosas resoluciones para recibirlo dignamente.



Para un confesor que sabe desempeñar su ministerio, es la primera comunión el medio más poderoso para que el niño haga los mayores esfuerzos y salga del mal camino, si, por desgracia, ha puesto ya allí el pié; ó se arraigue en el bueno, si por gran dicha, está aún allí: en este tiempo la palabra del confesor es más grave, más viva, más conmovedora; sus consejos más serios y de mayor alcance; y el niño conmovido y dominado por la impresión: *se acerca ya el gran día*, se inclina más dulce y humildemente bajo su mano: entonces la autoridad del confesor se agranda con toda la grandeza y majestad del Sacramento: entonces puede lo que antes no podía; ve hasta el fondo del alma, rompe, arranca, ahoga todo mal; ya severo, ya tierno, ya amenazador, ya lleno de dulzura, mueve todos los resortes del corazón, toca todas las fibras del alma; y con un ascendiente más grande que nunca, invoca sobre el alma del niño todos los motivos naturales y sobrenaturales. Este es para el confesor el momento más solemne de la vida, el más decisivo; su influencia sobre el corazón del niño no será nunca más completa y absoluta.

Así debe sentirlo el confesor; y esforzando su celo á medida de la importancia de resultados que debe obtener, nada omite para asegurar á la vida eterna del niño el incomparable beneficio de una buena primera comunión; y como el momento es supremo, hace también un esfuerzo supremo.

Primeramente y como cosa de la mayor importancia, ni el confesor, ni el niño deben dejarse sorprender por la aproximación de la primera comunión: el confesor la verá venir de lejos, y no esperará, para disponer á su joven penitente, á los últimos momentos, ni á la época de su admisión definitiva. Desde el principio del año, dice el Obispo de Orleans, hay que pensar en disponer al niño para este gran acto y prepararle con cuidados especiales y con la vista anticipada de este gran día.

Además es muy importante que la confesión general sea precedida de una especial preparación, que se haga

tres semanas ó un mes antes de la primera comunión; y en este tiempo, sobre todo, hay que esforzar el celo, apoyado en las verdades más grandes de la religión, recordadas é inculcadas con firmeza, para inspirar á los niños *el espíritu de penitencia, el pesar más sincero de lo pasado y la voluntad resuelta de una vida mejor y de un cambio inmediato y profundo.*

La gracia de Dios, tan abundante en esta época feliz de la vida, hace todo fácil especialmente en las casas de educación católica, donde los niños están, por regla general, mejor dispuestos y al abrigo de los escándalos ordinarios; y la verdad es, que habiendo celo y empleando estos sencillos medios, la primera comunión de los niños se hace generalmente de una manera admirable.

Hecha ya la primera comunión, falta hacer perseverar al niño y conducirle adolescente, joven, á través de las ilusiones y escollos de esta edad peligrosa en que la voluntad, tan débil aún, se entrega á las impresiones sensibles y al dominio de los sentidos con más facilidad que al gobierno sereno y fuerte de la razón.

Salvar á un joven de todos los peligros de su edad, defenderle, á la vez, de su debilidad y del ardor de sus pasiones, de su inexperiencia y de su presunción, calmarle, moderarle, dominarle, someterle á la obediencia, á la ley, á la sabiduría, cuando se despierta el orgullo y empieza á aparecer altivo, indócil, desdeñoso, impaciente del freno; contenerle, domarle, guardarle puro, cuando se enciende la pasión y remueve su pobre y juvenil corazón, solicitado y atraido por el ardor de la sangre y las ignorancias de la edad; conservar puro á un joven hasta los veinte años, prepararle con una juventud sin mancha á entrar en la vida lleno de valor y armado de la frente al pié; ¡qué obra tan admirable! ¡qué servicio tan inmenso hecho á su alma! ¡qué ayuda tan prodigiosa para su educación! Y todo esto es muy posible: la religión católica tiene tales medios de acción sobre las almas, posee tales fuentes de fuerza y de pureza, que valiéndose de aquellos y bañando á la juventud



en esas misteriosas fuentes, hace milagros de conversión y de preservación: esta es su obra maestra, esta su gloria; y el agente principal de esta maravilla en una casa de educación es el confesor.

Para producirla, se necesita ante todo, dice Dupanloup, que el confesor sea verdaderamente sacerdote, sacerdote piadoso y fervoroso, hombre de oración, hombre de Dios. El ministerio de un sacerdote tibio, que descuida las prácticas íntimas de la vida sacerdotal, literato más que sacerdote, profesor más que apóstol, tendrá poca influencia y no será bendecido de Dios: esto es patente.

A un grande amor á Dios deberá el confesor juntar grande amor á los niños: ahí se halla la única fuente del celo verdadero: que los jóvenes penitentes sean objeto de sus constantes cuidados; que siempre los lleve en su pensamiento y en su corazón; gestación sagrada, necesaria para el alumbramiento espiritual; que ore y haga orar sin cesar por ellos y los siga con atención en sus progresos y en sus desfallecimientos. Un confesor que no haga esto, que no sienta estas inquietudes, estos trabajos de la paternidad espiritual, no es verdaderamente Padre. Un confesor que no tiene presentes á los niños en la misa, en la acción de gracias para encomendárselos á Dios; que al verlos donde quiera, no siente cierta emoción interior, no los sigue con una mirada llena de ternura y de cuidado, que no escucha la voz que le dice sin cesar: «Dios te ha entregado estos niños, estas jovencitas almas para que las prepares para la vida y para los destinos eternales;» este confesor no es el sacerdote que conoce y siente lo que debe á los hijos de Dios y suyos.

¿Y cuántas veces deberán los niños confesarse? Juan José Allemand, uno de los más celosos é inteligentes educadores de la juventud de nuestros días, citado por Dupanloup y Timón-David, decía: «Todo joven que quiera perseverar en la virtud, deberá confesarse á lo menos cada quince días. La experiencia de treinta y cinco años me ha enseñado que muchos no perseverarían sin la confesión de cada ocho días.»

Además de la confesión sacramental, conviene en gran manera frecuentar la confesión directiva, entrevista religiosa y paternal, en la que se enseña al niño á orar, se le habla de Dios, se le graba en la conciencia el deber de cristiano, se le consuela, se le anima, se le reprenden con dulzura y firmeza sus faltas y se le inspira poco á poco y como gota á gota el amor á sus obligaciones y los sentimientos de piedad.

Esta confesión directiva es eficacísima para evitar la rutina que en los niños es el gran peligro de las confesiones frecuentes. La rutina, hé aquí lo que el confesor celoso, inteligente y piadoso prevendrá é impedirá á todo trance y con la mayor atención.

En una casa de educación cristiana los niños cometen, por lo general, pocos pecados; no tienen ocasión, son menores las tentaciones, etc.: esto es un beneficio de la buena casa cristiana; no supone sólida virtud: si sin faltas graves está en algunos como apagada la vida activa de la gracia, estad seguros, su virtud está más en lo exterior que en el fondo del alma; á la primera ocasión ya ha desaparecido. Así se ha visto á niños educados en casas cristianas y de familias poco ejemplares dar en la primera ocasión al traste con toda la piedad y hacerse verdaderamente impíos.

Esto parecerá incomprensible, añade Dupanloup, á quien no tiene experiencia; quien la tenga, sabrá que la rutina en las cosas santas y en particular en el sacramento de la penitencia es un gran mal; y que sólo el confesor activo y generoso salva al niño: ¡Desgraciado quien no haya sentido una vez, si quiera, en su vida esta prenda de resurrección, este *semen vitæ* en lo más íntimo del alma! Si el educador, si el confesor no se apresuran á depositar en el alma del niño esta prenda de vida, más tarde, por punto general, ya no es posible: de aquí, que si sin gran celo y gran inteligencia no puede desempeñarse dignamente ningún ministerio de la educación, gran celo y gran inteligencia son de todo punto necesaria condición para el más dulce y apostólico ministerio de confesar á los niños.



Un confesor digno no se contenta con oir la confesión hecha de *cualquier* modo y seguida de una exhortación *cualquiera*, no le basta la frecuente confesión y que los niños no lleguen con grandes pecados, sinó que se esfuerza en dar á su conciencia y religión prácticas reales y diarias, haciéndoles combatir enérgicamente sus faltas, sus defectos, enseñándoles á hacer actos de virtud y ejercicios libres de piedad y de mortificación; así su trabajo no es de meras apariencias, de frutos efímeros, sinó de resultados duraderos; no edifica sobre arena, ni para un día, sinó sobre los sólidos fundamentos de una verdadera y perseverante piedad.

Puede afirmarse, continúa Dupanloup, que en la mayoría de los casos el rutinarismo de la confesión proviene de falta del confesor. Aún cuando, por ser muy conveniente, la familiaridad de padre y la confianza de una dirección de amigo deben brillar en la confesión de los niños, no por esto se disminuye en ellos el respeto al sacramento: bastan casi siempre algunas palabras de gran piedad y que salgan del corazón para disponerlos bien á la absolución, cuando la hayan de recibir.

Tampoco se limitará el confesor á palabras que inspiren una piedad dulce y afectuosa, sinó á las que inspiren piedad viva, fe ilustrada, religión profunda: tales son las verdades eternas. Las grandes máximas del evangelio, las grandes verdades, los novísimos, los misterios cristianos, los fervientes actos de amor de Dios, de detestación del pecado, hé aquí lo que debe inculcarse á los jóvenes con palabras graves y enérgicas que les hagan saludable impresión hasta grabarse en lo más hondo de sus corazones. Así hablaba á sus jovencitos San José de Calasanz, como confesó un soldado, quien en su vida aventurera jamás se atrevió á cometer un solo pecado mortal: ¡tan profundamente inspiraba el santo en los niños el temor de Dios!

Aunque el confesor deba tener en cuenta la debilidad

y fragilidad de la juventud, es, de todo punto necesario, se atenga exactamente á las sanas reglas de la Moral en lo concerniente á la absolución: de no hacerlo así, haría á los niños y á sí mismo inmenso mal; los niños permanecerían en el pecado; y por el mal entendido pretexto de no desanimarlos, se harían incurables en sus enfermedades del alma. Y esto es aún más grave, cuando á la absolución se sigue la comunión, inconsiderada y sacrílegamente permitida á quien conserva hábito formado y persistente de pecado mortal. Este deplorabilísimo proceder sólo conduce á dar casi infaliblemente malos ciudadanos á la patria y malos sacerdotes á la Iglesia.

Compréndese fácilmente de todo lo dicho la absoluta necesidad de conferencias de confesores en una casa de educación para ejercer con uniformidad y rectitud el más trascendental ministerio de la educación.

También debe tenerse muy presente no confesar á los niños sin gran necesidad sinó en la iglesia ó lugar sagrado.

Hé aquí trazadas á grandes rasgos las principales cualidades prácticas del confesor, llamado al admirable y dulcísimo ministerio de dirigir á los niños; ministerio, como dice el gran Canciller Gersón en su obra. *De pueris trahendis ad Christum*, el más á propósito y el más eficaz para llevar la juventud á Jesucristo; y que hacía al gran educador San José de Calasanz decir á sus hijos para animarlos á este santo ministerio, que ejerciéndolo harían á los ojos de Dios una cosa gratísima. *Rem Deo gratissimam facient.*

## — 3 —

Toda vez que ya se ha tratado aunque succintamente de los colaboradores de una casa de educación y de sus principales cualidades y ministerios, conviene recomendar para que la educación se haga dignamente y con más facilidad, que todos tengan su parte más ó menos activa en la cuádruple fase de la perfecta educación religiosa, moral, científica y física; y que ninguno se limite exclusivamente á una sola fase, apareciendo indiferente ó extraño á las demás: el *Apostolado de la enseñanza* exige completa fidelidad al lema de los antiguos: *Mens sana in corpore sano*, perfección de alma y cuerpo.



No es esto decir que todos por igual han de atender á todo y que sean inecesarias las prefecturas, indispensables para que haya uno especial que responda de su atribución y con particular cuidado, á causa de la limitación del poder humano y que concentre su acción sobre una especial fase de la educación, sinó que la naturaleza misma del hombre, el honor de los colaboradores y su mismo perfeccionamiento exigen de consuno la multiplicidad de su atención sobre toda la educación.

Yo, dice el ilustre Obispo de Orleans, no admito que un profesor haga varias clases ó tenga tal acumulación de ministerios que no le dejen tiempo suficiente para prepararse y para formarse personalmente; y es riguroso deber de los que están al frente de las casas de educación no perdonar medio para que el personal sea suficiente para el trabajo y que nadie tenga que hacer esfuerzos que le consuman; pero tampoco admito que los hombres de educación sean absolutos, indiferentes y casi desconocidos entre sí, sin ayudarse mútuamente y como si la educación no abrazase á todo el hombre, su alma, su corazón, sus costumbres, su carácter, su cuerpo, etc., y como si una fase cualquiera de las cuatro que integran la perfecta educación no influyese en bien ó en mal sobre las otras.

Quien así no lo sintiera, añade, es digno de lástima, es un infeliz: *Infelix operis summa, quia componere totum nescit.*

Uno sólo es el hombre, unas sus facultades, una su vida; una sola debe ser su educación, por más que se distinga y subdivida en cuatro ramas para hacerse con más perfección.

Esta es la altísima razón y conveniencia porqué en una casa de educación donde se ejerce el *Apostolado*, nadie enseña exclusivamente, nadie tiene esta ó la otra prefectura exclusiva, todos educan, tomando parte conveniente en el todo de la educación.

El honor de los profesores sube de punto, cuando se los ve no limitarse á una sola fase; y con consejos ó de otro modo conveniente toman parte con dignidad en la religión, la moral, la urbanidad, higiene, etc.

Hasta el perfeccionamiento de los mismos profesores está grandemente interesado en no dividir ni fraccionar lo que de suyo es uno; en atender á la completa educación: cada una de las cuatro fases de la educación instruye y forma á su vez al profesor que halla para su corazón é inteligencia un mundo, donde desarrollar puede en cada niño sus facultades todas, su celo de apóstol: no limitándose á ser un mero repartidor de ciencia *á estilo pagano:* y si un profesor meramente seglar debe hacerlo así, ¿cuánto más si es sacerdote?

Todo profesor y más si es sacerdote, que no sea más que literato, hombre de ciencia, y que sólo pretenda hacer literatos es bien poca cosa: de todo el bagaje de la mera ciencia no se saca ordinariamente sinó sequedad de corazón y orgullo del alma. Así se ha visto á hombres que toda su vida han sido profesores y nada más que profesores, infatuados con su limitado saber, con una ignorancia absoluta de lo que es la humanidad, de la vida práctica, incapaces de todo, fuera de sus libros, como aquellos músicos que no sirven para nada, no teniendo su propio instrumento.

Además el celo, el interés, el entusiasmo se agrandan á medida que se agranda la esfera de acción: no se concibe entusiasmo de artista que sólo se limitase á hacer una parte de una estatua: así es también en la educación: ensanchándose su campo de acción, halla el profesor más dignidad, más influencia, más conocimiento práctico de los niños y más entusiasmo; y al mismo tiempo le sirve de admirable aprendizaje para ser en su día digno superior.

Por eso en una casa de educación católica todos se interesan en inculcar á los alumnos la religión, el primer bien de la vida que prepara á la eterna felicidad; todos contribuyen á que reina la más pura moralidad, el orden más perfecto, la más extricta disciplina, dispensadora del



tiempo, protectora del trabajo, inspiradora del buen espíritu, prenda de los grandes estudios, guardadora de la inocencia y de las costumbres, nervio del reglamento y resorte poderoso de la completa educación; desapareciendo así la odiosidad que con frecuencia recae sobre aquel ó aquellos que aparecen como meros fiscalizadores ó conservadores del orden.

Cada uno procura con ahinco, dentro de su esfera y mirando al bien general y al buen nombre de la casa, que los estudios se hagan con la mayor brillantez y según los últimos adelantos, para que el honor, prenda de vida y de pujanza, no se empañe en cosa de tanta trascendencia; asiste á la lectura de las notas, recreos y academias de los alumnos para dirigirlos y conocerlos: cada uno explica el catecismo y, si es sacerdote, predica y, sobre todo, confiesa, mirando el ministerio pastoral como el alma y la vida de una casa de educación: así entre todos se hace todo; y el gran ministerio de la educación llevado en peso entre varios se hace llevadero: así, aplicar en una justa medida todos los colaboradores á toda la educación es inspirar evidentemente á todos y á cada uno mayor abnegación y mayor viveza de celo, inteligencia y entusiasmo.

En esta hermosa unión y feliz concierto de esfuerzos el ministerio de cada uno se fortalece con la participación de todos en el ministerio común; y el ministerio de todos con la participación de cada uno. Todos se apoyan, todos se sostienen y ayudan: la educación se forma, el carro marcha. Tomando de la Santa Escritura una bellísima comparación, así marchaba el carro misterioso que vió Ezequiel. Cada uno de los cuatro animales que lo arrastraban, tenía cuatro caras, *quator facies uni;* cada uno tenía su impulso y marchaba de frente, *unumquodque coram facie sua ambulabat;* mas las alas estaban unidas las unas á las otras, *junctœque erant pennæ eorum alterius ad alterum;* y sus esfuerzos iban á un mismo fin. Sostenidos y llevados los unos por los otros volaban sin pena y sin fatiga, de frente, según el soplo divino que los animaba, *ubi*

*erat impetus spiritus, illuc gradiebantur:* y he aquí porqué el carro marchaba sin sacudidas, avanzaba sin retroceder y llegaba á su término, *nec revertebantur cum ambularent.* No puede darse imagen más bella y más precisa de la unión y esfuerzos de todos los colaboradores y de los maravillosos resultados, fruto de este concierto, en la buena marcha de todo en una casa de educación.

## CAPÍTULO VIII

### Los hombres de oración

### — 1 —

En todo lo dicho hasta aquí aparece viva, luminosa y fulgurante esta verdad: que los hombres dedicados á la educación, han de ser hombres de acción, hombres de abnegación. La vida de los educadores, como á grandes líneas hemos descrito, no es vida de holganza y de placer, es vida de nobilísimo trabajo, de solicitud incesante, vida de celo y de sacrificio.

Mas, para tal vida, para ser hombre de acción, de abnegación y de sacrificio y para serlo con constancia, se necesita, como condición indispensable, *sine qua non,* ser hombres de vida interior, hombres de oración.

El hombre de consejo, el hombre de acción, el hombre de abnegación, dejarán de serlo, desfallecerán, caerán sinó los sostiene el hombre de oración.

Como todo edificio que se levanta, tiene su fundamento invisible que lo sostiene, así los grandes ministerios, las grandes vidas tienen su fundamento invisible en las profundidades del alma, de donde se levanta con fuerza y majestad todo lo que aparece y se dilata al exterior.

¿La vida ocupada y laboriosa del educador, los detalles, los cuidados, la responsabilidad, todo esto deberá llenar completamente la vida del educador católico en una casa de educación? ¿Un educador digno no tendrá que hacer nada más para sí, para sus niños, para su alma de cristiano, para su vida sacerdotal, si es sacerdote y más si es religioso, para el bien de su ministerio y para el buen éxito de la educación?



Si: tiene que hacer algo más y de una influencia decisiva; porque todo lo que aparece al exterior no es el verdadero todo. Hay algo que no se ve, que no aparece, y sin embargo es el deber más esencial del educador y contribuye á la buena educación más que la exacta observancia del reglamento, más que la abnegación y más que el talento. Hay una cosa que es la raiz invisible de todo este gran ministerio, la inspiradora del sacrificio, la que dirige y sostiene al educador en sus fatigas y atrae sobre ellas el rocío del cielo y la bendición de Dios: esta fuerza invisible y oculta, esta ayuda misteriosa de la educación, complemento de todos los medios, de todos los recursos es el espíritu interior, es la piedad, es la vida de oración.

Si, la piedad, la vida de oración es el principio y la fuerza de todo para el delicado y laborioso ministerio de la educación. Dadme, prosigue Dupanloup, un profesor verdaderamente piadoso, hombre de oración y no solamente no dudaré de su celo, no solamente, seguro estoy de ello, hará todo cuanto pueda, sinó que lo hará con esfuerzo perseverante; y no le faltará la bendición de Dios, atraida por sus súplicas.

Mas si al educador le falta el fundamento de la vida interior, si no es hombre de oración, todo lo demás será caduco, desaparecerá: su acción se debilitará, su abnegación se cansará, los trabajos comenzados con el mayor celo no se acabarán ó quedarán estériles; si es sacerdote, religioso, su vida sacerdotal, religiosa languidecerá, perecerá: se buscará en el profesor, en el maestro al cristiano, al sacerdote, al religioso y no se le encontrará.

Yo quisiera aquí, dice Dupanloup, persuadir íntimamente á todos los educadores, sacerdotes ó legos de la